

¿Quién os podrá poner en escritura,
Que lleve sonoro su concierto,
Tanto trabajo, tanta desventura,
Tan increíble hambre, tanto muerto?
Pues lo que digo es abreviatura
O cifra muy cifrada de lo cierto,
Y aunque mas alargásemos la pluma
Todavía sería breve suma.

Pues hubo quien en esta coyuntura
Abrió los pechos á su compañero,
Estando muerto ya de calentura,
Y a queste fué Bautista Zapatero:
El cual se sustentó del asadura
Ansi como si fuera de carnero,
Y andando después imaginativo,
Huyó y no pareció muerto ni vivo.

Yendo pues el Reino con sus gentes
Inquiriendo la tierra mas subida,
Pasaron sin haber inconvenientes
Una quebrada llana y estendida:
Llegáronse después quince dolientes
Al tiempo que venia ya crecida,
Demandaron socorro con voz blanda
A los que estaban de la otra banda.

Pedro Martel volvia las respuestas
Horrendas á los pobres miserables,
Por ser palabras sucias, deshonestas,
Tan torpes como él y detestables:
Al fin por no ver quejas tan molestas
Gemidos y clamores entrañables,
Determinaron todos de dejellos
Pudiéndolos pasar en los caballos.

Visto que la quebrada mas crecia
En proceloso tiempo y lugar malo,
De aquella miserable compañía
Sin reparo, comida ni regalo,
Un Domingo Riberos otro día
Pasó los pechos puestos en un palo,
Luego pasó tras él en un madero
Un mulato llamado Joan Quintero.

Mas los otros de todo bien inermos,
Aunque buscaban vias y maneras,
No pudieron pasar por ser enfermos
Y no tener las fuerzas tan enteras:
Y así quedaron en aquellos yermos
Por cebo de las bestias carniceras,
Y el número de dos menesteroso
No siguió mas los pasos del Reino.

Mas por otra derrota van á tiento
En grandísimo riesgo de la vida,
Tallos de hobos era su sustento
Y el regalo mayor de su comida;
E yendo con penoso sentimiento
Encontraron también gente huida:
Recebieron los dos tan gran consuelo
Que parecíoles ver ángel del cielo.

Con los dos se cerró número entero
De diez cristianos, y aunque flaca mano,
Supieron inquirir invernadero
Donde no les faltó copia de grano:
Sanaron el Riberos y el Quintero,
Y el tiempo ya llegado del verano,
Se juntaron con otros fugitivos
De los cuales hay hoy algunos vivos.

El Reino también hizo parada
Con algunos sustentos pasaderos,
Y enviando la gente mas armada
Por pueblos comarcanos y fronteros.
Acogióse Diego de Losada
Con treinta ó con cuarenta compañeros.
El cual la vuelta de Cubagua iba
Recogiendo la gente fugitiva.

Topando la cuadrilla y el rebaño
De los que por la sierra van á tino,
Asegurábalos de todo daño
Diciendo: « todos vamos un camino.»
El Reino, corrido del engaño,
Con el restante de la gente vino
A Venezuela, do los alemanes
Tenian valerosos capitanes.

Trabajos padecidos representa
Con gran valor de su persona sola,
Mas allí no se hizo tanta cuenta
Que por ello le diesen laureola:
Por cuya causa casi por afrenta
Determinó pasar á la Española,
Donde murió después cristianamente,
Y á conjugales nudos obediente.

Losada con su copia de soldados
Y los demás que andaban divertidos,
Llegaron á los pueblos deseados,
Los cuales se hallaron destruidos:
Sus pocos moradores rebeldes,
Y en fuerzas de palenques recogidos,
Nadie les daba ya seguro puerto
Sino Guaramental, aunque era muerto.

Dejó por sucesor un Antonico,
Hijo suyo, de nobles condiciones:
Fué tutor Paraiama, por ser chico,
El cual favoreció nuestros varones,
Mas el uso de esclavos tan inicuo
Pagó con muy grandes sinrazones,
Porque el desorden grande de cudicia
No sabe guardar orden de justicia.

Hallaron por allí rescatadores
De la Cubagua y de su granjería,
O por mejor decir saltadores,
Envejecidos en su tiranía:
Estotros, como no fuesen menores,
Con aquellos hicieron compañía,
Y asolada la tierra comarcana,
Volviéron todos á Maracapana.

Luego por los delitos atrasados,
Y aquellas locas y atrevidas furias,
Pedían los que fueron agraviados
Justa satisfacción de sus injurias:
Los bienes luego fueron confiscados
Para suplir jüeces sus penurias:
Al fin Ortal y Frias y Castillo
Por un hilo sacaban un oவில்lo.

Este y aquel y el otro les pedia
(Jüez el licenciado Castañeda):
Pagaba con esclavos que traia
El que sin corporal castigo queda:
Pagaba al fin aquel que no debía,
Quiero decir, quien era la moneda:
Esclavos eran costas y derechos,
O ya fuesen bien hechos ó mal hechos.

Eran por veedor avalados,
O vendidos en públicos pregones
Aquellos pobres desaventurados,
Que nunca cometieron las traiciones;
Finalmente, jüeces y culpados
Eran unos finisimos ladrones,
Pues en cada se vió tal insolencia
Ni tan grande soltura de conciencia.

Pero por ser desorden tan antiguo,
Cubrámoslo con taciturno sello,
Y el que quisiere ver este castigo
Al fin de lo de Ortal podrá leello:
Por ser en este tiempo lo que digo
De las muertes de Aduza y del Argüello,
Que pues de Ortal allí me despedía,
Cubrillas con silencio no cumplía.

Purgadas pues las costas y los daños
Del licenciado Frias y oficiales,
No por eso cesaron los engaños
Y ofensas en aquellos naturales:
Porque por grande número de años
Audiervieron soldados principales
En la contratacion mal ordenada,
De los cuales fué Diego de Losada,

Capitán valeroso y esforzado,
Varon en guerra y paz de gran recato,
Gran hombre de caballo y agraciado
Mas á bien recibido no muy grato:
Y así fué de Cubagua desterrado
Por cierto desconcierto y desacato:
Hizose con algunos á la vela,
Y vino por mar á Venezuela.

Micer Enrique Rebolt, que la regia
Y por los alemanes fué teniente,
Recebiólo con grande cortesía,
Y toda la demás antigua gente:
El Diego de Losada persuadia
Al alemán ya dicho grandemente,
Enviase á tomar las posesiones
Hasta Maracapana y sus ancones.

Porque segun se via por escrito
Por cédulas del rey y provisiones,
De su gobernacion y su distrito
Eran todas aquestas poblaciones:
Ayudáronle muchos con un grito,
Y él acudió con estas intenciones,
Y con Losada y otras gentes ciegas
Vino por capitán Joan de Villegas.

No vinieron por mar, sino por tierra,
Y por aquellos llanos ya sabidos,
Costeando la falda de la sierra
Cien hombres destos bien apercebidos:
Lo que hallan de paz hacen de guerra,
De muy largas cadenas proveidos,
Y en ellas grande número de gente
Herrados por esclavos falsamente.

De la manera pues que aquí se trata
Llevaban muchos hombres y mujeres,
Llegaron á la mar de Chacopata,
Adonde pregonaron sus poderes:
Y luego por gozar de la barata
Acuden de Cubagua mercaderes:
Estuvieron allí los deste bando,
Espacio de dos meses contratando.

Llaman de paz á los de aquel partido
Los capitanes falsos y perjuros:
Los indios no pensando ser fingidos
Salieron de sus fuerzas y sus muros;
Y el consorcio cruel y fementido
Cuando los vió sin armas y seguros,
Dieron sobre ellos repentinamente
Y tomaron gran número de gente.

Un indio bien ladino les decia,
Como se vió de libertad ajeno:
« Esto no fué valor, ni valentía,
Ni hecho que manó de pecho bueno:
Prendernos con tan gran alevosía
Sobre paz y las manos en el seno;
Pues nosotros salimos como hermanos
Debajo de palabra de cristianos.

» Y pues captividad no merecemos,
De libertad pedimos las enmiendas;
Que si por culpa vuestra nos movemos
A descubiertas guerras y contiendas,
Bien sabes tú, Losada, que sabemos
Defender las personas y haciendas;
Así que pues llamais de paz la tierra,
No la quebreis con tan injusta guerra.

No por eso cesó su desvario,
Ni se mudaron estos pareceres,
Antes hierro les dan por atavio;
Y aherrajados hombres y mujeres,
Luego los entregaron al navio
Que tenían allí los mercaderes,
Volviéronse después la tierra adentro,
Donde hicieron otro mal encuentro.

Pues saliendo de paz el Antonico,
De Guaramental hijo y heredero,
Ya cacique paupérrimo de rico,
Por los inconvenientes que refiere:
Con estas insolencias que publico
Al muchacho leal, fiel, sincero,
Con seguro que se le prometia,
Le tomaron la gente que tenia.

Estos con otros muchos que tomaron
Por otras partes fuera del asiento,
Ansimismo vendieron y entregaron
A los que iban en su seguimiento;
Y todo lo barrieron y asolaron
Con un luciferino desatiento,
Y sin causa quemaron los bestiales
Cuatro caciques harto principales.

Luego la gente de conciencia suelta,
Firmes en añadir daños á daños,
Para su Venezuela dió la vuelta
Losada con los mas destos engaños:
Cuya perplejidad quedó resuelta
En acabar allí los demás años;
Y viendo de sus dias el invierno
Pretendia tener aquel gobierno.

A la real audiencia hizo via
Para lo negociar segun se trata,
Mas el efeto de lo que pedia
Contraria voluntad lo desbarata;
Y al tiempo que sin mando se volvia
En la costa murió de Burburata,
Sin regalo de santos sacramentos
Por ballar despoblados los asientos.

Con este concluimos la jornada,
Y las mas circunstancias de Sedeno,
La cual de prolijísima y pesada
Ha sido para mí gran quita-sueño;
Mas pues Cubagua queda rezagada,
Y es el negocio suyo no pequeño,
Justa cosa será que se concluya
Y después della la vecina suya.

ELEGIA XIII.

Elogio de la isla de Cubagua, donde se trata la gran riqueza que allí hubo y su perdicion y asolamiento.

CANTO PRIMERO,

Donde se trata de su primero descubrimiento y esterilidad, con otras particularidades dignas de memoria.

Cuanto naturaleza tiene hecho,
Examinado y visto sabiamente,
No vaca ni carece de provecho,
O ya sea cubierto, ya patente;
Que la virtud no pierde su derecho,
Aunque sea la muestra diferente,
Y así vereis do faltan muchas cosas
Otras que no son menos provechosas.

En Indias tierras hay do no se crian
Oro ni plata; mas en su distancia
Algunas veces hay tal granjería
Que suele dar riquísima ganancia,
Supliendo aquella falta que tenia
Con cosas de no menos importancia
Que causa natural allí compuso,
Y los hombres aplican á su uso.

No vereis por acá tierra tan pobre,
Que de lo que contratan las naciones
Alguna buena cosa no le sobre;
Pues aquí cogen copia de algodones,
Allí plomo y azogue, acullá cobre,
Aquí muchos ganados y allí dones
De cristales, viriles y esmeraldas,
Aquí pastel, orchilla, y allí gualdas.

La isla de Cubagua nos enseña
Este natural cambio claramente,
La cual aunque es estéril y pequeña,
Sin recurso de río ni de fuente,
Sin árbol y sin rama para leña
Sino cardos y espinas solamente;
Sus faltas emmendó naturaleza
Con una prosperísima riqueza.

Pues sembró por planceles principales,
Que están á sus riberas adyacentes,
Gran copia de riquísimos ostiales,
De do se sacan perlas escelentes,
Con que ha engrandecido sus caudales
Crecidísimo número de gentes:
Diez grados medio mas es lo que muestro
De la equinocial al polo nuestro.

Entre dos aldeaños es descrita
A cada cual tres leguas comarcana,
Que son la tierra firme y Margarita,
Y es la distancia della toda llana:
Hay caza de conejos infinita,
Que es por allí comida no mal sana;
Podrá tener, según el apariencia,
Como tres leguas de circunferencia.

Tienen sus secas playas una fuente
Al oeste do bate la marina,
De licor aprobado y excelente
En el uso comun de medicina:
El cual en todo tiempo de corriente
Por cima de la mar se determina
Espacio de tres leguas, con las manchas
Que suelen ir patentes y bien anchas.

Descubrió esta isla Colon, cuando
Vido tercera vez estas regiones,
Yendo la tierra firme costéando
Por puertos, por bahías, por ancones:
Vió indios zablullendo y sobraguando,
Y estar debajo largas dilaciones,
Via después coger su redcilla
Y vacialla también en la barquilla.

No conociendo bien aquello qué era
El Cristóbal Colon, como discreto,
Hizo luego surgir en la ribera,
Deseando saber aquel secreto:
Luego gente de guerra salió fuera
Apercibida para tal efeto,
Los indios revolviéron con la proa,
Y en tierra zaboraron la canoa.

Los cuales con los arcos en las manos,
Arma con que se daban buena maña,
Esperaron soberbios y lozanos,
Sobresaltados de la gente estraña;
Mas halagándolos nuestros cristianos
Perdieron los temores y la saña.
Y luego los varones y las dueñas
De paz hicieron apacibles señas.

Allí se conocieron granos bellos
De perlas en riquísimos pomares,
Que son con que así ellas como ellos
Se ciñen y rodean los ijares;
Otros sartas por brazos, cuellos,
En precio y en estima singulares:
Vieron el modo cómo las sacaban,
Y las conchas adonde se criaban.

Los que vinieron pues en los bateles,
Por no hacer baldía su venida,
Con cuentas y sonoros cascabeles
Rescataron allí buena partida;
Partiéronse de aquestos infieles
Después de la grandeza conocida.
El Colon no cabía de contento,
Por ser autor de tal descubrimiento.

Quisíralo callar, pero la fama,
Impelida de tanta muchedumbre,
Por diversos lugares se derrama
Segun y como tiene de costumbre:
Estos, aquellos y los otros llama
Con trompa de sonora certidumbre;
Acudieron navíos al barato
Engrosando las ferias y contrato.

La gente castellana que venía
Por hacer mas á gusto sus haciendas,
Formaron en la isla ranchería,
Pusieron toldos y asentaron tiendas;
Y cebados en esta granjería
Hacen bubios para sus viviendas,
Trajendo mercancías diferentes
Que rescataban con aquestas gentes.

Podía ser, según mas cierta cuenta,
Cuando la muestra se halló primera,
Año de cuatrocientos y noventa
Con mil y seis corridos de la era:
El indio con la paga se contenta,
Y el español, que mucho mas espera,
Envía su caudal, y á la tornada
Doblaba y redoblaba la parada.

Así tenían hachas y machetes,
Cuentas de vidrio, sartas de corales,
Camisas, zaragüelles y bonetes
Y cosas mas y menos principales;
Con otras diferencias de juguetes
Apacibles á estos naturales,
Y el valor de un real acontecia
Pagar la cargazon que se traía.

Con estas cosas el aljófár fino
Rescataban aquestos mercaderes,
Con contento del bárbaro vecino
Y grandes regocijos y placeres:
Daban muy ricas piezas por el vino,
Hasta vender los hijos y mujeres,
Y cuantos por aquel compás había
Ejercitaban esta pesquería.

Toda la tierra firme comarcana
Mantenia la paz bastantemente,
Y de Paria hasta Maracapana
Iban un hombre y dos de nuestra gente;
La tierra se hallaba toda llana,
A nuestros españoles obediente,
Y diez y doce leguas de Cubagua
Les traían comida, leña y agua.

Eran para las dos parcialidades
De muy gran importancia los provechos,
Pues con estas sinceras amistades
Y los contratos desta suerte hechos,
Indios cumplían sus necesidades
Y los nuestros quedaban satisfechos;
Y ninguno vivir allí podia
Sin aquel agua que se les traía.

Y algunos mercaderes ya potentes,
Que allí fueron personas principales,
Rescataron esclavos destas gentes
Que de perlas traían sus jornaes;
Los cuales como buzos excelentes
Descubrían riquísimos ostiales,
Y con propias canoas y piraguas
Sacaban ya las conchas de las aguas.

En aquesta manera de bajeles
Había gente nuestra marinera,
Que por aquellas playas y placeles
En guarda de los indios iban fuera:
Algunos tan malditos y crueles
Como cómitres malos de galera,
Y así de aquestos miseros captivos
Eran pocos los que quedaban vivos.

Por tener muy angosta pasadía
Y mas que limitadas las raciones,
Pues sobre mar el agua se traía
Con las mas necesarias provisiones;
En la mar sumergidos en el día
Y en la noche con ásperas prisiones;
Y así para quedar dos ó tres hechos
De la vida quedaban diez deshechos.

Este principio y estas ocasiones
De los esclavos fueron perdimiento
De todas las insignes poblaciones
Que en mis versos atrás os represento:
Y el rey por las siniestras relaciones
Para ello prestó consentimiento,
Aunque con instruccion tan limitada
Que el mal no fuera tal á ser guardada.

Algun tiempo se hizo con blandura
No tanta cuanto allí se señalaba;
Pero después fué tanta la soltura
Con que con estos indios se trataba,
Que les era la guerra mas segura
Que lo que mala paz aseguraba;
Pues cuantos menos eran sus engaños
Se les hacían muy mayores daños.

No pueden prolijísimos renglones
Decir *ad plenum* lo que se hacia,
Tantas cautelas, tantas invenciones,
Tanta maldad y tanta villanía:
Mas por no despertar viejas pasiones
Volvámonos á nuestra ranchería,
De quien ya se hacia mayor cuenta
De lo que nuestra pluma representa.

Había ya justicia y oficiales,
Frecuentísimo trato de navíos,
No rescataban ya de naturales,
Porque todos tenían sus avíos
Para desentrañar estos ostiales
Con propios aderezos y atavíos;
Con tanta perla, tanto contratante
Las cosas iban ya muy adelante.

Mostrábase fortuna tan ufana
Y andábase tan próspero camino,
Fue iban á quintar al aduana
Como de trigo sacos al molino:
Muchos sacaban hoy y mas mañana,
Si Joan vino cargado, Pedro vino,
Y entonces hubo indio que traía
Arriba de dos marcos cada día.

Vereis llenos caminos y calzadas
De trápagos, contratos y bullicio,
Las plazas y las calles ocupadas
De hombres que hacían sus oficios;
Vereis levantar casas torreadas
Con altos y soberbios edificios,
Este de tapia, aquel de cal y canto,
Sin que futuros tiempos den espanto.

No vuelan ni concurren tan frecuentes
Las palomas en indica saona,
Para hacer sus nidos en las frentes
Que miran los confines de la zona;
Cuanto todos andaban diligentes
En la que nueva Cáliz se pregona,
Con tal hervor y tal desasosiego
Cuanto por secas ramas vivo fuego.

Ocurrió grande copia de oficiales
A la nueva ciudad que se hacia,
En navios traían materiales
Y cuanto la tal obra requeria;
Porque la grosedad de los caudales
Estas costas y mucho mas sufría,
Y con salir tan caras estas cosas
Allí hicieron casas suntuosas.

Fué la de Barrionuevo la primera,
Un escudero natural de Soria,
Fué luego la de Joan de la Barrera,
Cuyo valor es digno de memoria;
Y luego la de Pedro de Herrera
De quien pudiera yo tejer historia,
Y la de Castellanos, tesorero,
Que fué de los mejores el primero.

La de Portillo fué con tal esmero
Que podia servir de fortaleza,
Otra también de Diego Caballero,
Mariscal y señor de gran riqueza;
Un Alvaro Beltrán, varon entero
En todas buenas partes de nobleza,
Un Anton de Jaen, Rojas y Niebla,
Con otros que se quedan en tiniebla.

Y Francisco de Reina también era
Un varon tan cabal y tan bastante,
Que con justa razon yo bien pudiera
Decir de sus proezas adelante;
Pero la brevedad desta carrera
No da tanto lugar al caminante;
Su yerno fué Pero Ruiz de Tapia,
Noble de condicion y de prosapia.

Hijo del dicho Reina fué Bautista,
Sacerdote prudente y avisado,
El cual es destas cosas coraista
Y en ellas vive hoy bien ocupado;
Y así no haré yo mas larga lista,
Dejando para él este cuidado,
Pues yo con brevedad añudo gonces
De las cosas que viamo entonces.

Leña y agua de Cumaná venia
De rios que la dan en abundancia,
Y en barcos y navíos se traía
Con pipas siete leguas de distancia,
Tratában muchos esta mercancía,
Teniéndola por próspera ganancia,
Pues al Jaen que digo hizo daño
De cinco mil ducados en un año.

A todos los que son en esta era
Oyendo lo que no les fué visible,
No parecerá cosa creedera
Gasto de leña y agua tan terrible:
Pero mi relacion es verdadera,
Y así no la tengais por imposible,
Y aun es mas que los precios señalados
Lo que va de los pesos á ducados.

Pues como fuesen indios muy famosos
Los moradores destas poblaciones,
De nuestra santa fe menesterosos
Y de defensa ya de sinrazones,
Acudieron algunos religiosos
Movidos de cristianas intenciones,
Procurando traellos al aprisco
Dominicanos y de San Francisco.

A Cumaná vinieron franciscanos,
Do monasterio luego fué fundado,
Con llana voluntad de los paganos,
Por cuyas manos era fabricado;
Y los frailes por términos cristianos
Apacentaban bien este ganado,
Santísimos preceptos predicando
Y muchos convirtiendo y bautizando.

En esta obra cada cual entiende,
Conclusas horas del divino canto,
Para hacer sus nidos en las frentes
Cinco leguas hicieron otro tanto
Los dominicos, donde se pretende
Perseverar en el oficio santo,
Año de diez y seis era ya esto,
Quando tomaron mal seguro puesto.

Convento fabricado y templo hecho
Donde todos vivían recogidos,
Con gran observacion de su derecho,
Sin ser á lo siniestro divertidos,
Muy en contentamiento y en provecho
De los por convertir y convertidos;
Aquel perturbador de cosas pias
Su cizaña sembró por estas vias.

Un cierto capitán, que no debiera,
Hojeda creo yo que se decia,
Rescatando maiz por la ribera,
Segun que de costumbre se tenia,
En el puerto de Guantar salió fuera
Y entróse con alguna compañía,
A rescatar como solían antes
En pueblos de la mar algo distantes.

En los cuales compró mucha comida
Pagándoles por ella su interese,
Y á los indios por quien le fué vendida
También les demandó quien la trajese;
Fuéle bastante gente proveida
Diciéndole que luego la volviere;
Mas el mal capitán y gente suelta
Nunca les consintieron dar la vuelta.

Antes fueron allí los galardones
Indignos de quien dió tan buen avio,
Pues llegados mujeres y varones
Cargados á la boca de aquel rio,
Les pusieron cadenas y prisiones,
Y los metieron dentro del navío;
Hecha la suerte páfida tirana,
Luego bajaron á Maracapana.

En el puerto surgió la carabela
Debajo de cubierta los hurtados,
Y recogida ya la blanca vela,
En la playa saltó con sus soldados,
Con los mismos designos y cautelas
De que tan mal usó con los pasados;
Mas aquestos sabían ya de cierto
Los tratos y traicion del otro puerto.

Hiciéronles muy buen acogimiento,
Prometiéndole vender mucha comida,
La cual por estar lejos del asiento
No podia tan presto ser traída:
Dilatando la venta con intento
Y fin de despojallos de la vida,
Ruegan al capitán deje la playa
Y con su gente por los pueblos vaya,

Certificando que rescataria
Esclavos y comida con hartura,
Y el torpe capitán bien lo creía;
Mas por le parecer poca cordura
Dejar allí la presa que traía,
Que lo traigan allí solo procura:
Los indios con fingidas alegrías
Pidieronle de espacio cuatro días.

Por los poder matar á coyuntura
Y tiempo que les fuese conveniente,
Porque también habían hecho jura
Con todos los demás de aquella frente.
De no dejar á vida criatura
Que de españoles fuese descendiente;
Y para los efectos desta guerra
Estaba conjurada ya la tierra.

Con estas esperanzas los dejaron
Sin ellos sospechar el mal futuro,
Y parte de los indios se quedaron
Cuasi por apariencia de seguro:
Otros con Toronoima se juntaron,
Cacique principal, cruel y duro,
Para ser dél en la traicion instrutos
Y en un parecer solo resolutos.

Allí llegaron furias infernales
Para la ejecución del caso feo,
Estimulando mas estos bestiales
A tan cruel y pérfido trofeo;
Y así las insolencias fueron hechas
Que vencieron aun á su deseo;
Y algunos que miraban á mas lejos
Estaban ya confusos y perplejos.

Mas poco duran buenas intenciones
En torpes, viles y apocados senos,
Donde hacen mayores impresiones
Los pésimos consejos que los buenos:
Mayormente soezes corazones
Si de rabiosas furias están llenos,
Como lo hizo con aquesta gente
Un indio que les dijo lo siguiente:

«Mal me parecen tantas variedades,
Y si verdad conviene que se diga,
Conoceréis ser grandes poquedades
De todos cuantos hay en esta liga
No quebrar con furor las amistades
De gente que nos es tan enemiga;
Pues si por bien pensais hacella buena,
Abris camino para mayor pena.

«Cesen los devaneos y fatigas
En el efetuar tan justa cosa,
Cortemos ya, señores, las espigas
De do sale simiente tan dañosa:
Pues jamás comeremos buenas migas
Con gente, que por ser tan ambiciosa
Aquí y allí, y en todas partes pican,
Haciendo lo contrario que predicán.

«Que sean fraudulentos y tiranos,
Que sean atrevidos homicidas,
Los ejemplos tenemos entre manos
Por las cosas atras acontecidas,
Donde los mas pacíficos y llanos
Corremos mayor riesgo de las vidas,
Y no son estas, no, vanas sospechas,
Pues veis de nuevo las maldades hechas.

«A justas defensiones os provoco
Contra malignidad que nunca cesa;
Pues si no refrenais intento loco
Sustentando pacífica promesa,
De consumirnos hemos poco á poco,
Y aun mucho á mucho ya, según su priesa,
E yo no siento que quebranta fueros
Quien resiste sus males venideros.

«Los frailes, aunque nos parecen buenos,
Y de santas palabras y obras pías
Aquellos santuarios están llenos,
Yo tengo para mí que son espías;
Porque españoles son ni más ni menos,
Y por no consentir idolatrias,
Huye de dar respuestas al reclamo
De los pñaches el Oriquiámo.

» Bien veis que por palabras y en escritos
Suelen abominar estos letrados
Las viejas ceremonias y los ritos
En que fuimos nacidos y criados:
Aquestas son sus voces y sus gritos,
Y en esto viven todos ocupados:
Frailes quitan deleites y placeres,
Y los otros los hijos y mujeres.

» Y pues ellos por tan dañosos modos
Quiéren que nuestra gente se destruya,
Meneemos acá manos y codos
De suerte que su vida se concluya,
Para que desta vez se borren todos
Sin dejar en la tierra cosa suya,
Tentando por tal via la fortuna,
Que en Cumaná y acá demos á una.

Cuadró tan bien al bárbaro guerrero
La traza de tan mal labrada talla,
Que sin considerar el paradero
Fueron á la flaquísima batalla;
Y á Cumaná hicieron mensajero
Por avisar á la cruel canalla,
Para dar á la hora prevenida,
Y ellos luego hicieron su partida.

Como las bravas ondas conmovidas
Del viento que se muestra riguroso,
Que van unas tras otras impelidas,
Sin mezcla de descanso ni reposo,
Hasta que las riberas son ensangrientas
Del embate feroz y presuroso;
Con tal impetu van aquestas gentes
A combatir los pobres inocentes.

Mil y quinientos eran ya corridos
Con otros diez y nueve de la era,
Al signo capricornio convertidos
Los carros que rodean el esfera:
Cuando los indios iban revestidos
De Aleto, Tisifone y de Mejera,
Y cuando del divino sacrificio
Los frailes celebraban el oficio.

Entonces la maldad y sinrazones
Usando sus inicuos privilegios,
Por dar fin á sus malas intenciones
Cercaron los santísimos colegios,
Y en las casas de santas oraciones
Hicieron detestables sacrificios,
Con furia tan bestial y tan nociva
Que en ellas no dejaron cosa viva.

Sueltas llevan las riendas las maldades:
Aquí y allí vereis descabezados,
Con otras insolentes crueldades
Hechas en estos bienaventurados:
Imágenes partidas en mitades,
Y los altares muy ensangrientados;
Porque cuando llegaron furiosos
Celebraban algunos religiosos.

Segun infernal furia se lo dijo,
La crueldad usó de sus imperios:
Desmembraron el santo crucifijo
Con nunca jamás vistos vituperios;
Luego la saña y el furor prolijo
Abrasaron los dichos monasterios;
En Santa Fe pasó por esta via,
Que es do Chichiriviche se decia.

Los cuales su maldad han sustentado,
Y se sustentan tan proterva cepa,
Sin habello por esto castigado,
A lo menos castigo que yo sepa:
Por haberse muy bien fortificado
En parte que del mar algo discrepa,
Y en Cumaná tuvieron los escesos
Varios y diferentes los sucesos.

Pues cuando la maldad allí se ensaya
Y el convento barria la candela,
Huyéronse dos frailes á la playa
Donde tenían cierta canouela:
Con la cual se pusieron en Araya
Adonde se halló cristiana vela,
Y así, poniendo de por medio agua,
Llegaron á la isla de Cubagua.

Con la nueva que dieron se desecha
Cuanto podia dar contentamiento,
Sospechando que de la maldad hecha
Hojeda pudo ser el fundamento;
Y teniendo por cierta la sospecha
Determinan justicia y regimiento
De que fuesen diez barcos bien armados
Para prender á él y á sus soldados.

Van á Maracapana con gran priesa
Do vieron al autor del disparate
Cebado de la pérdida promesa
Que los indios hicieron del rescate:
La cual bien claro vido ser aviesa
En su trabajosísimo remate;
Y así fué que por no tener aviso,
Nunca pudo salvarse cuando quiso.

Porque viendo venir desta manera
Los barcos conocidos á la vela,
Adivinó su mal, mas no cuál era,
Que los presentes lazos no recela;
Mas yendo todos para la ribera
Para huirse con la carabela,
La gente de los indios circunstante
Con armas se les puso por delante.

El apostema y el furor revienta
De los pechos por maña reprimidos,
Hierva la furia, crece la tormenta,
Confúndense con gritos y alaridos:
La flecha y la macana se ensangrienta,
Muchos de los cristianos hay caídos,
Otros que huyen la sangrienta fragua
A nado se metían por el agua.

Fueron aquestos los mejor librados,
Aunque con deshonor así huían,
Pues eran recogidos y amparados
De los dichos diez barcos que venían:
Los otros todos son despedazados,
Aunque con gran valor se defendían,
Do Hojeda pagó su desconcierto,
Quedando con los otros allí muerto.

Reconocido bien lo que pasaba,
Los barcos con espesos remadores
Volvieron á Cubagua, donde estaba
Por justicia mayor Antonio Flores:
El cual en este tiempo recelaba
Otros inconvenientes no menores,
Por los amenazar crúeles manos
De indios que tenían comarcanos.

Los cuales apretaron su venida
Contra la isla con mayor pujanza,
De yerba pestilente proveida
La punta de la flecha, dardo, lanza:
El agua ya les era defendida,
Perdida de la paz el esperanza,
Y esperar les parece cosa fea
Con ser trescientos hombres de pelea.

En quien temor causó tanta demencia
Que se dejaron en esta isla sola,
Y todos sin vigor de resistencia
Determinaron ir la Española:
Para lo cual con sumá diligencia
El levadizo mástel se enarbola,
Dejando las haciendas adquiridas
Con el deseo de escapar las vidas.

Cuál dejaba su casa, cuál su tienda
Llena de sedas, lienzo, paño fino,
Cuál la pieza mayor de su vivienda
Arrumada de pipas de buen vino:
Cuál si poco tomó de su hacienda
Con temor lo dejó por el camino,
Todo lo menosprecia y le baldona
A trueco de salvarse su persona.

Como suelen en fortunoso caso
Aquellos que por mar hacen su via,
Que por asegurar el mortal vaso
Alijan la comprada mercancia;
Así lo hace por el campo raso
Cualquiera destes hombres que huía,
Hasta dejar la ropa y atavío
Con priesa de se ver en el navío.

T. IV.

Con esta cobardía tan sin tiento
Se dispusieron todos al pasaje,
Llegaron con salud y en salvamento
A Haití, do llevaban su viaje:
Fueron nuevas de grande discontento
Después que recitaron su mensaje,
Y maldecían hombres y mujeres
La baja de aquellos mercaderes.

Porque luego los indios comarcanos
Que Cubagua tenían á los ojos,
Sabido ser huidos los cristianos
Vinieron á gozar de los despojos:
De los cuales hinchieron bien las manos,
Aumentando con vino los enojos;
Pues cuanto mas el bárbaro bebía
Tanto mayor braveza concebía.

Anda la borrachera y el tabaco,
Hinchense bien las pieles y los senos,
Suenan voces y gritos en el saco,
Y cuantos van y vienen vuelven llenos:
Acudieron también de Cariaco,
Y los de Santa Fé ni mas ni menos;
Cuantos iban al fin destas raleas
Revolvian cargados de preseas.

Abierta pues según es declarada
La puerta de tan dura competencia,
Determinaron de hacer armada
Los señores de la real audiencia:
Para ser con castigo refrenada
La furia de la bárbara demencia,
Trescientos españoles, fuertes pechos,
Se juntaron con armas y pertrechos.

Fué Gonzalo de Ocampo por timiente
De don Diego Colon el almirante;
Y para gobernar aquesta gente
El audiencia le dió poder bastante:
El suceso callamos de presente,
Pero dirémoslo mas adelante;
Pues aunque caminante presuroso
Quiero tomar un poco de reposo.

CANTO SEGUNDO,

Donde se cuenta cómo llegó GONZALO DE OCAMPO al puerto de Cumaná, la buena maña que se dió en prender algunos indios culpados, la justicia que dellos se hizo, con otras muchas cosas que entonces sucedieron.

Los autores de torpes desatinos
Nunca pueden tener hora segura,
Porque demás de ser aquestos dinos
Del pago que merece su locura,
Esa misma maldad abre caminos
Para mayor dolor y desventura,
Pues nunca subió tanto la malicia
Que sobre ella no vuele la justicia.

Así los indios destas poblaciones,
Cuando con hechos torpes inhumanos
Pensaron allanar sus tropezones,
Entonces los hicieron mezos llanos;
Y ellos buscaron nuevas ocasiones
Para los aligir sangrientas manos,
Y de ser tan indómitos y bravos
Nació la perdición de ser esclavos.

La era pues de veinte ya llegada,
Con mas mil y quinientos de su rueda,
Cuando la del sol iba desviada
Del tauro, y á los dos hijos de Leda
Llegaba, de Haití salió el armada
Para vengar los daños de Hojeda,
Y puestos en buen orden y conieerto
A Cumaná llegaron y á su puerto.

Acudió luego bárbara palestra
Considerando ser la guerra cierta,
Mas la gente cristiana como diestra
Con disimulación cerró la puerta;
Pues marineros solos hacen muestra
Y los demás debajo de cubierta,
Y porque de las armas se despidan
De paz los llaman y con paz convidan.

10

Preguntaba la pérdida cuadrilla
Si de Haití venían de camino ;
Respondieron que vienen de Castilla
Cargados de rescates y de vino :
Con fardos de ruán y de presilla,
Hachas, machetes, cuentas, coral fino ;
Que vengan los que quieren al contrato,
Que de todo harán muy buen barato.

Reportáronse con placer extraño
De ver pocos cristianos inocentes,
Ignorantes del ya pasado daño,
De la misma cautela dependientes ;
Pues pensaban usar de aquel engaño
Que con ellos usaron nuestras gentes,
Y así debajo deste desvarío
Llegaron con canoa al navío.

Cebados del olor desta mentira,
Entró luego quien mas cerca se halla,
Diéronles de comer y anda la jira
Del vino de Jerez y de Cazalla :
Revestida de paz está la ira,
Sinceridad mostraba la canalla,
Rogando con amor de parentesco
Que vayan a tomar algún refresco.

Mas al tiempo que estaban descuidados,
Bebiendo cada cual por maravilla,
Valentísima copia de soldados
Con gran furor salió del escotilla ;
Prenden aquí y allí muchos culpados,
Y al indio que llamaban Orteguilla,
A quien frailes hacían gran regalo,
Y fué para con ellos el mas malo.

Pues seis días después del estampida
Vivió fray Dionisio, que de gana
Quisiera conservar gente rompida,
Por conocer en él voluntad sana ;
Mas Orteguilla le quitó la vida
Con un terrible golpe de macana,
Pagándole con mal el atrevido
El bien que dél había recibido.

Presos los indios pues incontinente,
Algunos se pusieron en cadenas,
Y de los principales mas de veinte
Aborcaron allí de las entenas,
Por atemorizar la demás gente
De que estaban las playas todas llenas ;
Y echados a la mar los cuerpos muertos,
A Cubagua se fueron y a sus puertos.

Allí de nuevo ponen sus banderas
Reparando las pérdidas que digo,
Y luego revolvieron mas de veras
A las ejecuciones del castigo :
Saltan en Cumaná y en sus riberas
Con opuesto rigor del enemigo,
Porque de indios cantidad inmensa
Engrosaba por horas la defensa.

Mas Gonzalo de Ocampo no desmaya ;
Pues con muertes de indios y pesares
No solamente ganó la playa,
Péro también entró hasta Tagares ;
La fama y el temor hizo que vaya
Por todos los confines de sus mares,
Do con solo doscientos españoles
Les allanó las cumbres y peñales.

Amedrentando todos los vecinos
De los rebeldes pueblos congregados,
Y por ellos haciendo hechos dinos
De ser en estas partes celebrados :
Pobló las sendas, playas y caminos
Con cantidad de indios empalados ;
Trajo también gran número de vivos,
A quien luego herraba por captivos.

Pudo también prender en una villa
Un valiente gaudí en traje vario,
Vestido con un hábito y capilla,
Y dentro de la manga breviarío :
Hermano, dicen, fue del Orteguilla,
Y no menos a frailes adversario,
Al cual cogaron en un alto risco,
Y en hábito murió de San Francisco.

Hecho pues el castigo desta suerte,
A Cumaná volvió y a sus riberas,
Adonde, por el agua, hizo fuerte,
Porque pudiese ya venir cualquiera
A la coger sin miedo de la muerte
Que daba la nación desta frontera :
Venían libremente pues por agua
Los barcos y navios de Cubagua.

Aquesta fuerza hecha, fundó luego
Un pueblo que llamó nuevo Toledo,
Adonde se vivió con mas sosiego
De lo que de presente decir puedo ;
Porque vino de paz el rey don Diego,
No tanto por amor cuanto por miedo,
Y aun él mismo publica que se espanta
De ver la vejeidad y nueva planta.

En aquesta sazón que voy diciendo,
Hubo por estas partes y regiones
Un clérigo, bendito reverendo,
Testigo de muy grandes sinrazones,
A quien Dios levantó, según entiendo,
Por favorecedor destas naciones ;
Bartolomé Casás se decía,
Padre desta moderna monarquía.

Cuyo nombre merece ser eterno
Y no cubrirse con oscuro velo,
Pues procuró de dar tan buen gobierno
A los conquistadores deste suelo,
Que sacó muchas almas del infierno
A la contemplación del alto cielo :
Aqueste pareció tal cual lo pinto
Ante la majestad de Carlos quinto.

Y al Cumaná ya dicho le pedía
Sin saber de la muerte franciscana,
Afirmando por cierto que traería
Los indios a la religion cristiana ;
Mas no con belicosa compañía
Sino con amistad de gente llana ;
Y así, debajo deste presupuesto,
Al César prepotente dijo esto :

« Cesárea Majestad, por tiempo luengo
He tenido mi casa y residencia
En las partes de Indias, de do vengo
A deciros negocios de conciencia :
Si a la humildad del hábito que tengo
Vuestra gran Majestad diere licencia,
Que bien creo que no me irá a la mano
La cristiandad de rey tan soberano.

« Con las humildes plantas y novelas
Que vienen a católica vivienda,
Usan los españoles de cautelas
Dignísimas, señor, de gran emienda :
Abusos, desvergüenzas, corruptelas,
De que las Indias son publica tienda ;
No son perros que ladran, sino lobos
Que viven de rapinas y de robos.

« De cuantos allá viven se destierra
El peso, la razón y la medida :
Y el simple natural de aquella tierra
No tiene libertad ni tiene vida ;
Pues manteniendo paz le hacen guerra,
Le quitan la mujer y la comida :
Al pacífico, llano y al mas manso,
A este se le da menos descanso.

« No creen haber rey los naturales
Que refrene molestias semejantes,
Porque vuestras justicias y oficiales
En las maldades son participantes ;
Y aun ellos mismos son los principales
En los negocios mas exorbitantes :
Y así, si no cortais inconvenientes,
Presto verán su fin aquellas gentes.

« Segun han sido malos y nocivos
En las islas que son de aquellos mares
Adonde ya no vemos indios vivos
De tan numerosísimos millares ;
Así, con tantos daños escesivos,
Harán en Cumaná y en los Tagares
Donde traman y tejen largas trenzas
De latrocinios y de desvergüenzas.

« Desde Caracas hasta Chacopate
No suele la soltura ser angosta,
Adonde so colores de rescate
Asuelan y destruyen la tal costa :
Conviene remediar su disparate,
Y que el remedio vaya por la posta ;
Pues tanta mas será la destemplanza
Cuanto fuere mayor esta tardanza.

« Aquellos naturales, según siento,
No son allí, señor, gente tan dura,
Que no vengan al buen conocimiento,
Viendo buenos ejemplos y blandura ;
Y mas si del presente rompimiento
Vuestra gran cristiandad los asegura,
Poniéndoles allí varones llanos
Que vivan del trabajo de sus manos.

« Aquestos han de ser hombres casados,
Ayunos de guerreras competencias,
Y porque sean mas reverenciados
Honrallos heis con francas eminencias ;
Y en alguna manera señalados
Por las exteriores apariencias,
Porque temores de otros se resfrién,
Y destes solamente se confíen.

« Yo con ellos iré para el efeto
De lo que por palabras aquí muestro,
Y cumpliré también lo que prometo
Cuanto debe fiel vasallo vuestro :
Teniendo tan buen orden y respeto
Como quien destas cosas es maestro ;
Y entiendo con alguna suficiencia,
Que sabré descargaros la conciencia.

A la sustancia del razonamiento
Que el Casas ó Casás explicaba,
Su Majestad estuvo muy atento,
Como quien dar remedio deseaba :
Pidió memorial y llamamiento
De hombres de quien él se confiaba,
Y puestas en consulta las razones,
No faltaban contrarias opiniones.

Mas aunque hubo quien contradijese,
La Majestad real le dió favores,
Dineros y navios, do viniese
Cargado de sus llanos labradores :
No poco huecos con el interesse,
Por se considerar de cavadores,
Caballeros armados é ya hechos
Con unas cruces rojas en los pechos.

Vereis a Joan Martín y a Pero Mingo
Con una gravedad muy entonada,
Olvidados del brinco y del respingo,
Que daban al tirar del agujada :
Vereis cómo pasean el domingo
Con plumas en la gorra colorada,
Y al padre reverendo rodeado
Deste su rusticísimo senado.

Al fin a Cumaná hizo su via
Con pertrechos, recados y aderezos,
Do salió con aquesta compañía
Admirada de ver nuevos cabezos :
Saltó Pedro Pascual, Anton García,
Cejudo, Joan Manojó, Hernán Bezos,
Muchos con Mari López, Joana Luenga,
Sancha, Teresa Díaz, Mari Menga.

Dióles el parabién de bien venidos
Aquel Ocampo con sus baquianos,
Burlando de los trajes y vestidos
Y la rusticidad destes villanos ;
Teniendo por errores conocidos
Sus modos de poblar torpes y vanos,
Entre indios crüeles y bestiales
Mas brutos que los brutos animales.

Y así les dijo : « mis señores primos,
No penseis acertar estas jornadas
Por via de halagos y de mimos,
Sino con muy gentiles cuchilladas ;
Pues en la tierra donde residimos
La buena paz negocian las espadas :
No vereis amistad en esta tierra
Si no se gana con sangrienta guerra.

« Este será mejor salvo-conduto
Y la mas acertada medicina,
Pues esta gente no sabe dar fruto
Sino de la manera que el encina ;
Y el señor padre viene mal instruido,
Pues que tan de rondon se determina
En querer ablandar sin golpes robles
Menos blandos aun y menos nobles.

« Mudables todos a cualquiera viento
Que sus bestialidades satisfaga,
Jamás en ellos mora buen intento,
Ni supieron a bien dar buena paga :
Conocimiento ni agradecimiento
Nunca jamás a bien que se les haga ;
Es finalmente gente de tal masa,
Que a las maldades nunca pone tasa.

« Así que, señor mio licenciado,
El tiempo destas cosas que yo digo
Os podría hacer desengañado,
Y al mismo tiempo pongo por testigo ;
Por tanto no vivais muy confiado,
Pensando del traidor hacer amigo,
Pues cuando juzguéis ser menos atroces
Os tienen de tirar un par de coces.

El licenciado Casas, viendo esto
Tan en contrario de sus opiniones,
Al Ocampo tenido por molesto
Hizo notificar sus provisiones ;
Y para que saliese deste puesto,
Requerimientos y protestaciones :
El Ocampo con su gente de guerra
A Cubagua se fué y dejó la tierra.

Segun el Casas quiso todo hecho,
Al cacique habló con gran caricia,
Diciéndoles venir con limpio pecho
Y sin resabios malos de cudicia :
Para se desvelar en su provecho,
Defender su razón y su justicia,
Y para ser amigos y parientes
Sin ser de sus haciendas pretendientes.

La bruta y atrevida pestilencia
Mostró sinceridad y manso brio,
Y luego, no sin grande diligencia,
Hicieron un grandísimo bulio,
El cual todo hinchó su reverencia
De vino, de rescate y atavío :
Hacienda armados números contados
Montaba mas de siete mil ducados.

Luego determinó por su presencia,
Y de sus caballeros no sé cuántos,
De parecer en la real audiencia
Para comunicar negocios santos,
Sin sospecha de guerra ni pendencia,
Ni cosa que le de malos espantos ;
Antes tuvo por cierto que dejaba
Cuanta seguridad se deseaba.

Mas la gente sin fe, bestial y fiera,
De cudicia crüel estimulada,
Determinó de dar en la sincera,
De semejante trance descuidada.
« Oh cuánto mas entonces les valiera
El andar barbechando la cañada,
Ir a buscar el buey de cerro en cerro
Y escuchar dónde suena su cencerro !

« Cuanto mejores fueran las meriendas
Hechas en el cubil y en las cabañas,
Que las sangrientas guerras y contiendas,
En que se daban todos malas mañas !
« Cuanto mejores otras encomiendas
Que pudieran guardalles las entrañas
Y el encomienda de la sobrecarga,
Cuando tercios atados queda larga !

« Cuanto mejor también a Marimenga
No mudar el andar con nueva ropa,
Ni dejar de hacer la hebra luenga,
Mordiendo con los labios el estopa,
Y hacer que el marido se detenga
Para ver si le sabe bien la sopa,
La sabrosa cecina, los tasajos,
Y en el rescoldo las cabezas de ajos !

¡Cuánto fuera mejor la mansa suerte,
De pocos ó ningunos conocida,
Que la de aquel que dellas se divierte
Con imaginacion desvanecida!
Pues entonces buscó la dura muerte
Cuando se despidió de aquella vida,
Como hicieron estos caballeros,
De quien quiero decir sus paraderos.

Pasados eran ya los quince cientos
Con cinco lustros mas y mas un año,
Cuando rabiosos perros y hambrientos
Destruyen el católico rebaño,
Entrando por pajizos aposentados,
De quien nunca jamás les hizo daño;
Y entró tal multitud de gente brava,
Que treinta partes menos resobraba.

Bien como riguroso ventisquero
De borrasca que viene repentina,
Con la cual el inútil marinero
Lleno de confusion se desatina;
Y para gobernar aquel madero
No sabe cuál es arca ni bolina,
Mas antes sin preparacion alguna
Se deja convencer de la fortuna;

Ansi también, ó miseró varones,
Rodeados de perros inhumanos,
En aquellas terribles confusiones
No supieron valerse de sus manos:
Todos son gritos y lamentaciones
Y encomendarse á Dios como cristianos;
Mas esto poco tiempo les duraba
Por el poco lugar que se les daba.

Porque como ningunos se defienden
De la gente crúel y fementida,
Los pechos abren, las cabezas hienden
Con una crueldad jamás oída;
Porque son bestias fieras que pretenden
No dejar criatura con la vida:
Era lo bueno pues que en el estrago
Decían: «Santiago, Santiago.»

Y en este confusísimo ruido
No hay fuerza de crueldad que no les cuadre:
Matan á quien les ha favorecido,
Y en amistad les era como padre;
A la mujer delante del marido,
Y al muchacho delante de su madre,
Y de doscientos no dejaron cosa
Sino quien puso piés en polvorosa.

Pues pocos, alentados de mas brio,
Viendo la muchedumbre que venia,
Huyeron á la boca de aquel rio
Cubiertos de las matas que tenia,
Y á nadó se pasaron á un navio
Que en estas horas agua recogia,
El cual sin acabar de tomar agua
Huyó para la isla de Cubagua.

Donde por la desgracia sucedida
Mostraron todos triste sentimiento,
Y demás desto porque la bebida
No podia ya ser sin detrimento;
Y en efeto les fué bien defendida
Por los indios del torpe vencimiento,
Los cuales concluidas las peleas
Repartieron despojos y preseas.

Luego también aquel indio don Diego,
En aquesta maldad el mas horrendo,
A las cristianas casas puso fuego,
El agua con su gente defendiendo,
Sin ser parte por armas, ni por ruego
Para la coger ya, sino muriendo;
Y ansi después el agua que bebían
Desde la Margarita la traían.

De jagüeyes hidiondos y salobres,
Que el español sediento descubria,
Para sustento suyo y de los pobres
Indios de aquella rica granjeria,
En barriles, ó cántaros de cobre
A la Punta-las-Piedras se traía,
Adonde la metían en bajeles
Allí hinchendo pipas ó toneles.

Pusieron en la isla arrieros,
Los cuales con trabajos insufribles
Llevaban para dar á los barqueros
En puertos de la mar mas convenientes,
Cuyos gastos no fueran sufrideros
Si no fueran tan grandes los posibles;
Pero dejémoslos desta manera:
Volvamos al Casáus, que me espera.

El cual, después que supo la rencilla,
La desventura y el rigor insano,
Determinó de se poner capilla
En hábito y honor dominicano:
Fué sobre los negocios á Castilla,
Y en ellos apretó tanto la mano,
Que hizo que hiciesen nuestros reyes
Para las nuevas Indias nuevas leyes.

El fué quien descubrió la gran solapa
De males héchos en aquesta gente,
Defensa fuerte, protector y capa
De los bárbaros indios de occidente:
Siendo después obispo de Chiapa
Acabó su carrera santamente,
Y en Indias el protorvo y el sencillo
Tienen justa razon de bendecillo.

Mas vista por entonces la demencia
De los de Cumaná y el desatino,
Los señores de la real audiencia
Buscaron el remedio que convino.
Vino por capitán desta tenencia
Jácome Castellon, noble vecino,
Con trescientos soldados escogidos,
De cosas convenientes proveidos.

Rompió con gran furor los enemigos
Que en su defensa se mostraron bravos,
Hizo regurisimos castigos
Primero que viniesen á conchavos;
Y antes y después de ser amigos
Sacó crecido número de esclavos,
Y en la boca del rio con presteza
Hizo de cal y canto fortaleza.

La cual se concluyó muy á provecho
Año de veinte y tres y un mes corrido,
Nombróse por alcaide de lo hecho
Y capitán mayor deste partido;
Los reyes confirmaron su derecho
Y fuéle con salario proveido:
Duró la fuerza hasta el año treinta
Sobre mil y quinientos desta cuenta.

Pues en esta sazón faltando guerra
Hubo tan gran temblor y movimiento,
Que derribó de la vecina sierra
Gran parte con mortal asolamiento:
Del bárbaro vecino desta tierra
Cercano del horrendo rompimiento
Bramidos de las ondas fueron tantos
Que causaron mortíferos espantos.

De cuyo miedo muchos perecieron,
Y con temor la vida despedían,
Los que vivos quedaron ya dijeron
La causa deste mal que padecían:
Que fué por las maldades que hicieron
En aquellos que mal no merecían;
También del terremoto y aspereza
Cayó gran parte desta fortaleza.

Escapáronse todos los cristianos,
Los cuales visto lo que les importa,
En la reformation ponen las manos,
Y el Castellon á ello los exhorta:
El cual allí vivió dias ancianos,
Y después del Andrés de Villacorta,
De manera que con los dichos muros
Estaban de los indios mas seguros.

No les aprovechaba ser ruines,
Porque con sofrenadas los regían,
Y ansi por estas playas y confines
Otros muchos cristianos acudían:
Venían de Cubagua bergantines
Y llevaban el agua que querían,
Consortes finalmente desta danza
Gozaban de grandísima pujanza.

Vuelven los potentísimos empleos,
Acuden los contratos y bullicios,
Hay fiestas, regocijos, hay torneos,
Con muchos cortesanos ejercicios:
Hay damas, hay galanes, hay paseos,
Engrandécense mas los edificios;
En isla tan estéril é inamena
Nunca jamás se vió mesa tan llena.

Cuanto mas el ostial se frecuentaba,
Tanto mayor riqueza descubria,
Si prosperidad hoy representaba
Mañana mas grandeza prometia:
La pesqueria se multiplicaba,
La gente y el contrato mas crecía,
Con cuya grosedad y multiplico
Quien mas pobre llegó salió muy rico.

Finalmente que las prosperidades,
Que sin escesos vanos os alabo,
Crecían en tan grandes cantidades
Que ningunos pensaron ver el cabo;
Mas por revolucion de las edades
Llegaron á notorio menoscabo,
Y porque de cansado hago pausa,
Después os contaré cuál fué la causa.

CANTO TERCERO,

Donde se cuenta á cuánta disminución vino la granjeria de las perlas de Cubagua, el asolamiento de aquella ciudad, con otras cosas allí sucedidas.

De bienes que fortuna concediere
No se fie quien dellos mas alcanza,
Ni piense ser seguro quien tuviere
De próspero suceso confianza:
Solo puede tenella del que diere
Seguridad de bienaventuranza,
Pues los que de ventura viven llenos
A veces de la misma tienen menos.

Acontece caer lo soberano,
Súelese desmembrar lo mas entero,
Pues vieron el furor del otomano
Debajo de los piés del pastor fiero;
Y al gran emperador Valeriano
En semejante trance lastimero,
Y reinos en potencia muy erectos
Servir á los que fueron sus sujetos.

No se pudo librar desta mudanza
El rico morador desta cultura,
Pues vino de su próspera pujanza
A todos los estremos de jactura,
Perdiendo la hacienda y esperanza
De ver otra tan buena coyuntura,
Por no se reguardar aquel dinero
Para faltas del tiempo venidero.

Aunque muchos se dieron buena maña,
Pues por adivinar casos futuros
Compraron grandes rentas en España,
Hereditades, haciendas, censos, juros;
Y ansi vencieron fortunosa saña
Haciendo sus contratos mas seguros,
Como el jurado Juan de la Barrera
Y el Diego Caballero desta era.

Y los Beltranos dos, Alvaro y Diego,
Diego Nuñez Beltrán, su buen sobrino,
De quien, mediante Dios, trataré luego,
Si de vital aliento fuere dino;
Pues si yo al Cabo de la Vela llego
En la prosecucion deste camino,
Haré mención de nobles moradores
En virtud y riqueza no menores.

Entonces tomaremos entre manos
Con amistad y término debido
Al mariscal Miguel de Castellanos,
Amparo y proteccion de aquel partido;
Pues nuestras riñas y rencuentros vanos
Yo los he sepultado con olvido,
Que los que juventud con furia manda
El curso de los tiempos los ablanda.

Estremos ansimismo de grandeza
Allí sabré deciros algun dia,
Que hubo, descubierta su riqueza,
Por hombres desta misma granjeria;
Pero quiero volver á la pobreza
Que primero Cubagua padecía,
Por desaparecer todos los ostiales
E ya no hallar rastros ni señales.

La razon desta falta daban muchos,
Que no sabré decir si la tuvieron,
Diciendo que cardúmenes de chuchos,
Pescados como rayas, las comieron:
Otros que los ostiales eran duchos
A se ir y mudar, y ansi se fueron;
Mas semejantes causas y razones
Contradecían otras opiniones.

Pues en las partes donde son sacadas,
Y aun snelen ser las perlas principales,
Muchas veces las hallan muy pegadas
A peñascos, roqueros y ciriales;
Y son con instrumentos arrancadas
De los buzos indios naturales,
Y por esta razon quien mas alcanza
Afirma que no pudo ser mudanza.

Por la misma razon es desvario
Lo que suele decir alguna gente,
Congelarse las perlas del rocío
Y en cada concha una solamente;
Pues yo que de mi vista me confío
He hallado la cuenta diferente
En una sola concha, cuyos senos
Tenían cinco y seis y mas y menos.

La razon que se dió menos aviesa
Por algunas personas curiosas,
Fué decir que les dieron tanta priesa
Que se acabaron como las mas cosas;
Pues andaba la mano tan espesa
Que no fueran las ostias poderosas,
Para se la henchir de ricos dones
Sin producir de nuevo criazones.

Y en efeto, por largo movimiento
Y discurso de tiempo que las cria,
Hoy de nuevo las hallan con aumento;
Pero para la dicha granjeria,
La Margarita tienen por asiento
Por ser isla mas fértil y santa;
Mas en Cubagua no, ni quieren vella,
Pero yo si por acabar con ella.

Pues entonces faltó de su ribera
La flota de canoas que solía,
No pone canoero la bandera
Para mostrar cuán próspera venía:
Las intenciones eran de cualquiera
Adaptar su vivir por otra vía;
El tráfigo, bullicio y el estruendo
A mas andar se iba deshaciendo.

Faltaban ya las fiestas diputadas
Para sus regocijos y placeres,
Las playas no se ven embarzadas
Con tratos de los ricos mercaderes:
No se vian las calles frecuentadas
De hombres, ni muchachos, ni mujeres,
Pocos dias había finalmente
Que no saliese della mucha gente.

Como cuando por casos señalados
Hacen en las ciudades algun juego,
Que están los miradores ocupados
Con tantos que perturban el sosiego;
Y aquellos regocijos acabados
Los que miraban desaparecen luego,
Volviendo cada cual á su vivienda,
A sus tratos, oficios y hacienda;

A Cubagua con estas variedades
Acontecía ni mas ni menos,
Pues el tiempo de las prosperidades
Había plazas, calles, puertos llenos;
Y en el rigor de las adversidades
Huyeron los que se hallaron buenos,
Pues allí no quedó sino desnudo,
O quien por ser ya viejo mas ho pudo.

Destos fueron los tratos principales
Los esclavos que entonces se hacían,
Y fueron bien crecidos los caudales
De los que los compraban y vendían:
Por los esclavos increíbles males
En aquella sazón se cometían,
Hasta tanto que ya por nuestros reyes
Se dieron á las Indias nuevas leyes.

Deshecha pues aquella dura tienda
Que por la santa ley se les vedaba,
Otro ningún recurso de vivienda
En esta dicha isla les quedaba,
Y aun para mas dolor ó mas enmienda
De quien aquel furor ejercitaba,
Del todo se acabó con los extremos
Que por postre de mesa contaremos.

Sería por el año de cuarenta
Y tres con el millar y los quinientos,
Cuando cierta señal nos representa
Bravos y furiosos movimientos:
Siguióse después desto tal tormenta
Que hizo despertar los soñolientos,
De todos vientos rigurosa guerra,
Y el mar mucho mas alto que la tierra.

El agua de los cielos era tanta,
Y con tan grandes impetus venía,
Que el mas entero brio se quebranta,
Y el ánimo mas fuerte mas temía:
Ruido temeroso se levanta
Que de la mar y tierra procedía,
Sobrevino la noche muy oscura,
Y con ella grandísima tristura.

No se hallaba ya cosa viviente
Que tuviese seguro de su vida,
Porque la calle va como creciente
De rios con furor de la venida:
En las casas no puede parar gente
Por los amenazar con su caída,
Y lo que mas seguro parecía
Peligro, mal y muerte prometía.

Bien así como cuando por acechos
Siguen del delincuente las pisadas,
Que con bastantes armas y pertrechos
Le tienen las salidas ocupadas;
Y aquí le ponen lanzas á los pechos,
Y allí ni mas ni menos las espadas,
El cual siendo de tantos rodeado
No sabe qué hacerse de turbado;

Sañados así desta manera
Aquí y allí peligros al encuentro,
Pues era grande riesgo salir fuera,
Peligro de la vida quedar dentro:
Tiembla la isla toda donde quiera
Por aire conmovida desde el centro,
Aquel que poseía mejor suerte
Estaba ya gustando de la muerte.

Solo de Dios se tiene confianza,
Que de la tierra ya nadie se fia,
Pues cuanto mayor era la tardanza,
Tanto mas el rigor invalecía:
Las moradas hacían gran mudanza
Y dellas cada cual se retraía,
Huir de las paredes y del muro
Parecía remedio mas seguro.

Yo solía posar en una casa
Que bien cercana fué de la marina,
Do vivía Pero Ruiz Barrasa
Y su mujer Beatriz de Medina:
Tenía por delante plaza rasa,
E viendo yo henderse cierta esquina,
A grandes voces dije: « fuera, fuera,
Que ya caen las rejas y madera. »

A questo dicho, mi camino sigo
Por la parte mas desembarazada,
Acuden á la puerta donde digo,
Y por su bien halláronla cerrada,
Abierto solamente su postigo
Do con la turbación tanta parada,
Que si junta saliera tanta gente
La pared los matara ciertamente.

Y es por acontecer en tal instante
Caerse la pared mas delantera,
Antes de poder ir mas adelante
Por impedir la puerta su carrera:
Fué pues el soberano tan bastante
Que nunca hizo falta su madera,
Y allí quedaron todos amparados
Puesto que temerosos y asombrados.

Yo poco antes de caer había
Salido con deseo de escaparme,
Y en medio de la plaza no sabía
Cómo mejor poder acomodarme;
Porque de todas partes no tenía
Falta de agua para bien mojarme;
Pero luego con otras gentes buenas
Tuvimos compañeros en las penas.

Oíamos murmurios y bullicios,
No con falaces cantos de serenas;
Aquí y allí caían edilicios,
Las altas azoteas, las almenas,
La casa de los santos sacrificios,
Moradas que yo vi ricas y buenas:
Aquí sonaban voces y allí gritos,
Aquellos con temor, estos a gritos.

Lo mejor y lo mas fortalecido
Con la gran tempestad viene cayendo,
La trabazón del techo mas asido
Con fuerza del temblor se va rompiendo:
Causaba gran temor aquel ruido,
Asombraba la furia del estruendo
De aquellas derrumbadas canterías
Y quiebras de las vigas y alfajías.

Bien como ceiba grande y estendida,
Cuyas ramas ocupan grandes llanos,
En el opaco valle cometida
A hachas cortadoras de villanos,
Que cuando cae da tal estampida
Que espanta los vecinos comarcanos,
Ó como en helicosas ordenanzas
Cuando se rompen juntas muchas lanzas;

O ya también digamos, como cuando
El cielo se mostró de nubes lleno,
Y el fuego celestial viene rasgando
La nube por el mas espeso seno:
Y aquella furia con que va pasando
Es la causa de dar horrible trueno,
Poniendo gran temor á los mortales
Sin uso de razon y racionales;

Tal y tan grande estruendo se hacía
Cuando con tantas lluvias y temblores
La mas gruesa pared de cantería
Caía con los altos corredores;
Cuyo grave ruido nos ponía
Grandísimos espantos y temores:
Viérades las doncellas desmayadas,
Dueñas amortecidas de asombradas.

Aquí sonaba doloroso llanto
Del niño de su madre divertido,
Allí las madres hacen otro tanto
Lamentando su hijo por perdido;
Otras por acullá con gran espanto
Colgadas de los hombros del marido,
Hacen mayores ser los terremotos
Confusísimas voces y alborotos.

Fueron durables estos detrimentos,
Mas no con una misma destemplanza;
Al fin cesó la fuerza de los vientos
Y llegaron las horas de bonanza:
Ningunos muertos, pero descontentos
Determinados á hacer mudanza
Por no tener recurso de vivienda,
Eso me da soltero que con prenda.

Otros de nuevas leyes ignorantes
Permanecían en sus desvarios,
Y algunos hombres viejos contratantes,
Que tenían sus barcos y navios
Que iban y venían como antes
A contratar por otros señorios
Angosta vida, seca, miserable,
Y tal que no podía ser durable.

Mas los que no tenían el resuello
Que de necesidad al hombre quita,
Para poder ballar donde tenello
Vergüenza generosa nos incita:
Y así barcos de Niebla y Juan Cabello
Nos traspasaron á la Margarita
En tanto que llegaban ocasiones
Para ir á buscar nuevas regiones.

Y al tiempo de salir desta frontera,
No sin dolor de damas y varones,
Acuérdome que Jorje de Herrera
Compuso ciertos versos y canciones,
Y en un alto pilar en la ribera
También mandó poner ciertos renglones,
Que si memoria tengo de aquel día
Entre ellos hubo letra que decía:

*Hic populus vigint donis ditissimus olim:
Vix tamen erectus concidit ipse miser.
Si varios mundi gliscis perpendere casus,
Proclaris oculis hic satis unus crit.*

Aquí fué pueblo plantado,
Guyo próspero partido
Voló por lo mas subido;
Mas apenas levantado
Cuando del todo caido.

Quien examinar procura
Varios casos de ventura
Puestos en humana casta,
A questo solo le basta
Si tiene seso y cordura.

ELEGIA XIV.

Elogio de la isla Margarita, donde se da relacion de la vivienda de la gente que allí reside y de los infortunios que ha padecido, con otras muchas particularidades dignas de memoria.

CANTO PRIMERO.

Pues que dejamos ya menos afilida
La gente del pesado terremoto,
Tratemos de la isla Margarita,
En cuya descripción tengo yo voto;
Mas no podrá su causa ser escrita
Sin furia de tiranos y alboroto,
Porque también allí le cupo parte
De desleal bandera y estandarte.

Pues en pasados tiempos, y aun hoy día
Franceses les impiden el reposo,
Y en ella reventó la tiranía
Del Aguirre, cruel facineroso,
Después de muerto por traidora vía
Pedro de Orsua, capitán famoso,
De cuyos trances mi cansada pluma
Querria dar alguna breve suma.

Provea de favor el alto cielo,
Enriquezca mi vena y el estilo,
Porque proceda yo mejor que suelo
En la prolija trama deste hilo;
Que verisimamente yo recelo
Los juicios acerbos del Zoilo,
Pero si lo quebrase ya sería
Pusilanidad y cobardía.

Para lo cual me ponen buen talante
Muchos amigos míos y señores,
Aconsejándome que no me espante
De los amarulentos detractores,
Y así quiero pasar mas adelante
Sin detener mis flacos atenores,
En esta dicha isla mayormente
Do fui mucho tiempo residente.

Y donde por ser larga la jornada
Y llena de cien mil inconvenientes,
Habremos de hacer un ensalada
Compuesta de mil cosas diferentes;
Pero ninguna dellas despegada,
Antes á los negocios concernientes;
Mas suelen ir como se van contando
Unas cosas de otras enhilando.

Y lo mismo hará lo que yo cuento
En historia tan larga como esta,
Donde mi peregrino pensamiento
Halla larga materia mal digesta:
Diré yo pues primero del asiento
Desta postrera isla que me resta,
Señalarémosle sus aledaños,
Y después sus provechos y sus daños.

En grados es la misma conveniencia
De Cubagua que tiene al mediodía,
Cuarenta leguas la circunferencia
Y poco mas de seis la travesía:
Tiene de sanidad gran excelencia,
Pues ningunos humores malos cria,
Hay aguas represadas y corrientes
A lo menos en valles eminentes.

El del Charaguaray da grande parte
A la parte del sur do va su proa,
Y á los vapores frigidis del norte
El de Paraguachi y Arimacoa:
El valle de San Joan, dulce consorte,
Por ambas partes goza de gran loa,
Con árboles amenos y frescura
Y de zavanas muy mayor anchura.

Mujeres naturales y varones
Es en universal gente crecida,
De recias y fornidas proporciones,
A nuestros españoles comedida:
Son todos de muy sanas compleciones
Y todos ellos viven larga vida,
Son poco curiosos labradores,
Por ser cazas y pescas sus primores.

Descubrióla Colon, y este le puso
A questo nombre con que permanece,
Y allí Cubagua luego con el uso
De labor, la cultiva y enriquece:
El mas espeso bosque se dispuso
Para sembrar maices, y acoitece
Después de cultivadas estas vegas
Acudir por almud hartas banegas.

Hicieronse muy buenas heredades
En los lugares mas acomodados,
Y tomáronse muchas propiedades
De sitios para hatos de ganados:
Trujéronse de España variedades
De plantas con higueras y granados,
Demás de muchos frutos naturales
Que ella de suyo tiene principales.

Hay muchos higos, uvas y melones,
Dignísimos de ver mesas de reyes,
Pitabayas, guanábanas, anones,
Guayabas y guaraes y mameyes,
Hay chica, cotuprises y mamones,
Piñas, curibijures, caracueyes,
Con otros muchos mas que se desechan
E indios naturales aprovechan.

De aves, de conejos, de venados
Bastantisimamente proveida,
Dan abundantemente sus pescados
Gustosa y salubérrima comida:
Es la carne de todos sus ganados
En sustancia y sabor muy escogida,
Demás desto la mar en su distancia
Cria de claras perlas abundancia.

Aunque los bosques tienen aspereza
Y espinas y escambrones á sus trechos,
Produce por allí naturaleza
Otras muchas maneras de provechos:
Caballos hay de suma lijereza,
No grandes, mas trabados y bien hechos,
Y en todos los trabajos duran tanto
Que podría decir cosas de espanto.

El poblador primero destos era
El noble varon Pedro de Alegria,
Fué también Pedro Gallo desta era,
Y el que Pedro Moreno se decía;
Y después desto Pedro Herrera,
Mas principal en ser y en valentía,
Pues por su gran valor en paz y guerra
Siempre rigió y mandó toda la tierra.